

'Un deseo desmesurado de amistad': una genealogía 'queer' en defensa de la familia elegida

En un ensayo excepcional, Hélène Giannecchini utiliza archivos, fotografías anónimas y experiencias propias para restituir una memoria borrada a conciencia

ESCUCHAR EL ARTÍCULO | 4 min. i



Fotografía anónima, tomada alrededor de 1940, incluida en el libro 'Un deseo desmesurado de amistad'.

**ÁLEX VICENTE**

15 AGO 2026 - 05:30 CEST



Añadir EL PAÍS en Google

Todo empieza en noviembre de 2022. Un atentado contra Club Q, un local gay de Colorado Springs, deja cinco muertos y 19 heridos de bala. Podría haber empezado meses antes, junto al London Pub de Oslo, o casi cuatro años después, en el Orgullo de Berlín: distintas manifestaciones de una violencia que no desaparece, por mucho que queramos creer en el progreso. Ese día [Hélène Giannecchini](#) estaba de viaje en Ámsterdam con tres amigas.

Conmocionadas, se recogieron en el Homomonument, primer monumento del mundo dedicado a las personas homosexuales perseguidas, inaugurado en 1987, el mismo año en que nació esta escritora francesa, historiadora de la fotografía y especialista en la relación entre texto e imagen. Allí encontró unos versos del poeta homosexual, judío y antisionista Jacob Israël de Haan: “En ninguna mirada he vuelto a leer / Tal deseo desmesurado de amistad”.

Los mejores títulos nacen de estos encuentros fortuitos. El verso acabó dando nombre a un libro extraño y hermoso, entre el ensayo y la autobiografía, que por momentos recuerda a la prosa híbrida y digresiva de [Maggie Nelson](#). Su propósito es sacar la amistad del lugar secundario al que suele quedar relegada, circunscrita a la infancia o al ocio, en los intersticios que dejan los supuestos pilares de la vida adulta, como el trabajo y la familia. Giannecchini aspira a convertirla en un vínculo capaz de producir comunidad y filiación para quienes, hoy como en el pasado, han vivido en familias no biológicas sino elegidas, inspirándose también en los “parentescos raros” que defiende Donna Haraway.

Lo consigue con creces, si bien *Un deseo desmesurado de amistad* resulta aún más convincente en otra dimensión: como restitución de una genealogía *queer* borrada a conciencia a lo largo de la historia. Giannecchini la reconstruye mediante archivos, fotografías anónimas, indicios y procedimientos cercanos a la microhistoria. Convoca a Foucault, Barthes,

Judith Butler o Audre Lorde, aunque su auténtica inspiración es la fotógrafa Donna Gottschalk, que durante décadas retrató a amigas, amantes y militantes lesbianas, consciente de que muchas de aquellas vidas nunca entrarían en los archivos oficiales. “Amputarnos de nuestras historias es una forma de menguar nuestro poder: los relatos de las minorías se silencian porque llevan consigo la semilla de la subversión”, escribe. Y sigue el consejo de [Monique Wittig](#) en *Las guerrilleras*: “Haz un esfuerzo por recordar. Y si con eso no basta, inventa”. Cuando las fuentes dejan demasiadas lagunas, Giannecchini se permite especular, casi siempre con gran agudeza y originalidad.

Cuando las fuentes dejan demasiadas lagunas, Giannecchini se permite especular, casi siempre con gran agudeza y originalidad

El libro alcanza su mejor momento cuando esa genealogía tropieza con la herida histórica del sida, que afecta de una forma específica a su generación, la de quienes nacieron en los ochenta. No fueron diezmados por la enfermedad, pero sí heredaron el trauma de una epidemia ante la que nadie tuvo demasiada prisa por encontrar soluciones. “Crecimos con el miedo de morir haciendo el amor. No sabíamos distinguir las situaciones de riesgo de las que no lo eran, con lo que el sexo en su totalidad se nos antojaba un peligro”, escribe la autora.

Es en su reivindicación de la noción de [familia escogida](#) donde el libro pierde parte de su filo. Del Saint-Just, que quiso otorgar a la amistad una dimensión cívica en plena Revolución Francesa, a Kath Weston, que en los ochenta y noventa estudió los parentescos contruidos al margen de la sangre y el matrimonio, Giannecchini traza una tradición fértil, pero apenas somete el concepto a discusión. Quedan fuera las tesis de Sophie Lewis, contraria a concentrar los cuidados en círculos privados, sean biológicos o elegidos, o de Geoffroy de Lagasnerie, que insta a aprovechar estas relaciones escogidas para desordenar las jerarquías que dictan nuestra vida afectiva y jurídica. La autora percibe este límite, aunque no lo desarrolle en exceso: “Quizá haya que

dejar atrás el término familia e inventar otro”, admitió después de la publicación del libro en el *podcast* literario *Open Book*. Son matices que habrían enriquecido un ensayo que, aun así, sigue resultando excepcional.

SOBRE LA FIRMA



Álex Vicente

Es periodista cultural. Forma parte del equipo de Babelia desde 2020.